

EL ZAR DE LOS DRAGONES

2º-3º

Nadie sabe exactamente dónde y cuándo sucedió. Quizás hace de ello mil años. Entonces, en lo más profundo de un frondoso bosque, existía el reino de los dragones y las serpientes. Allí era donde reinaba el zar de los dragones. Poseía el cuerpo de una serpiente y las gigantescas fauces de un dragón. Quizás medía unas cien yardas de largo. Sus enemigos eran el Sol, la Luna y las Estrellas, pero odiaba también a la Tierra. Permanecía siempre oculto en las profundas y oscuras cuevas y grutas que el agua de los ríos había ido socavando en las montañas. Si alguna vez tenía que salir a la superficie de la Tierra, sus ojos quedaban cegados por la radiante luz del Sol, la Luna y las Estrellas, ya que sólo conocía las tinieblas y no estaba habituado a la claridad. El zar de los dragones decidió entonces acechar a aquellas luces enemigas para arrancarlas del cielo y colgarlas en sus moradas subterráneas.

En cierta ocasión, cuando el Sol estaba a poquísima altura en el oeste, empezando casi a rozar la superficie terrestre, el zar de los dragones dio un salto y luego se irguió para mostrar todo su imponente tamaño, y con sus afilados dientes arrancó el Sol del cielo y lo arrastró hasta lo más profundo de su reino subterráneo.

De idéntica manera acechó a la Luna, se la arrebató al cielo y la transportó hasta lo más profundo de su reino subterráneo.

Y con esta tarea prosiguió cada noche, arrebatándole al firmamento un par de estrellas; al final, el cielo quedó oscuro y vacío como un profundo precipicio. Esta situación produjo una enorme aflicción en todo el mundo. En lugar de los brillantes rayos del Sol durante el día, del fulgor de las Estrellas y del brillo plateado de la Luna por las noches, por encima de la Tierra sólo se extendía permanentemente un negrísimo manto.

En la linde de aquel frondoso bosque vivía Kostryń, el pastor, con sus tres hijos:

El primero era un carretero, un **constructor de carros**,

El segundo era **leñador** y

El tercero **colmenero**.

-Queridos hijos, -les dijo un día el padre-, vosotros sois los más fuertes, los más inteligentes y los más hábiles de todo el mundo. Si no estáis en condiciones de derrotar y matar al zar de los dragones, nadie más en la Tierra lo conseguirá. En vosotros deposito todas mis esperanzas; antes de cerrar mis ojos para siempre desearía ver una vez más los rayos del Sol, el fulgor de las Estrellas y el plateado rostro de la Luna.

Los hijos se inclinaron ante su padre, diciéndole:

-Querido padre: si esta es tu voluntad, nosotros lo intentaremos.

Los tres se dirigieron al campo donde pacían los caballos. El mayor de los tres escogió uno de pelo negro, el segundo un alazán, y el tercero un caballo de pelo blanco. Montaron en sus caballos, tensaron sus arcos, apuntaron durante mucho tiempo y luego dispararon sus flechas.

La saeta del **constructor de carros** se clavó en el tronco de un pino, la del leñador en el tronco de un abedul blanco, y la del colmenero en el tronco de una encina.

-Al parecer no me es dado matar al zar de los dragones.

-Querido hijo, el destino no ha querido que fueses tú quien diese muerte al zar de los dragones.

lo consoló su padre, mientras se acariciaba pensativamente su canosa barba.

Cuando llegó al bosque de abedules blancos, el segundo hermano, **el leñador** detuvo el caballo. Libró al alazán de riendas y bocado y lo dejó pacer, así descansaría un poco y repondría fuerzas. El alazán se dedicó a comer hierba, pero de repente aguzó los oídos al escuchar la conversación de **los abedules**.

-Fijaos bien, fijaos, porque aunque ya sea oscuro podemos reconocer al segundo hijo de Kostryń al leñador. Aunque el zar de los dragones nos ha robado el Sol, a este muchacho lo reconocemos perfectamente. El sólo tala árboles viejos. Luego prepara la madera con su hacha. Todos nosotros, los que vivimos en el bosque de abedules, lo tememos. Tan pronto lo vemos, nuestras hojas tiemblan estremecidas de pavor. Pero hoy monta el caballo alazán, lleva el arco a la espalda y la maza en el puño.

Seguramente quiere combatir contra el zar de los dragones. Pero no advierte que camina hacia su perdición. No lo lamentaríamos por él, pero sí por el pobre caballo, éste nos da pena. Tenemos que advertirle.

El caballo alazán, que había entendido todas sus palabras, corrió ahora hacia su dueño y le acarició la frente con sus ollares, como si desease pedirle un favor. El leñador se echó a reír y exclamó:

*-Mi caballito, al parecer ya has comido y descansado bastante. Pues adelante, ahora montaré y al galope nos dirigiremos hacia el reino de las serpientes y dragones.
¡Cabalgemos hasta llegar a sus tenebrosas cuevas!*

¿Pero qué había sucedido?

El caballito no se movía del lugar, permaneció inmóvil, lo mismo que un árbol que crece del suelo. De nada sirvieron las amenazas, de nada los ruegos. Cuando su dueño empuñó el látigo, el alazán no hizo el menor ademán de moverse, permanecía inmóvil! El leñador dio media vuelta y regresó galopando a casa; las herraduras del caballo levantaban pequeñas nubes de polvo.

El segundo hermano regresó a su casa y se presentó a su padre triste, apesadumbrado e incluso avergonzado. Relató todo lo ocurrido.

-No me ha sido dado poder matar al zar de los dragones, -dijo con enorme tristeza.

-¡Hijo mío! Así es, el destino no quiere que seas tú quien mate al zar de los dragones, le respondió Kostryń. mientras pasaba meditabundo la mano por su canosa barba.

El hijo menor de Kostryń, **el colmenero**, había llegado entretanto al encinar. En la oscuridad, las encinas eran tan altas como casas. El caballo blanco aguzó sus orejas y escuchó lo que se decían las encinas.

-¿Quién cabalga allí abajo un caballo blanco?, -preguntó una de las encinas a otra-.

-¿No será quizás el hijo más joven de Kostryń?

Si, es él, -respondió la otra encina, mientras agitaba sus robustas ramas-. *Es el colmenero. Todas nosotras lo conocemos bien, porque muchas veces recoge la miel de las abejas silvestres. También ha instalado colmenas en el bosque. Ha dado cobijo a muchos enjambres de abejas. Todo esto lo pudo hacer cuando el Sol aún brillaba en el firmamento y las noches eran iluminadas desde el cielo por la Luna y las Estrellas, ahora monta el caballo blanco, lleva el arco a la espalda y la maza en el puño-. ¿Es que pretende luchar contra el zar de los dragones? El pobre ignora que ni las flechas ni la maza pueden matar al zar de los dragones y serpientes. Tendrá que solicitar previamente la ayuda de un enjambre de abejas. Sólo las abejas son capaces de derrotar al zar de las serpientes.*

—Detente caballito blanco, detente —crujió una vieja encina, mientras rozaba al caballito con sus nudosas ramas—. *Gira a la izquierda y dirígele hacia el lago. En su orilla encontrarás un viejo y casi podrido tronco; allí vive un enjambre de abejas silvestres. Di a las abejas que acudan en ayuda de tu dueño. Ellas también odian al zar de los dragones, él es el culpable de que ya no encuentren ni dispongan de más polen ni néctar. Las pobres están amenazadas y pueden morir de hambre.*

El caballo blanco galopó hacia la orilla del lago. Por muchos esfuerzos que hizo, el joven colmenero no logró detener al caballo. Éste, como alocado, galopaba por el sendero que conducía al lago. Sólo redujo su velocidad al aproximarse al agua; husmeó en todos los troncos que encontraba a orillas del lago. Al final, el caballo blanco se detuvo y relinchó tres veces seguidas. El colmenero tiró de las riendas, pretendía alejar al caballo de aquel lugar. Pero éste relinchó nuevamente tres veces, como si no hubiese comprendido la voluntad de su dueño. El eco resonaba por todo el bosque. Por lo que podía observarse, las abejas habían comprendido el lenguaje del caballo, porque de repente empezó a escucharse un tremendo zumbido, cada vez más intenso, producido por miles y miles de abejas. Volaban alrededor del caballo y de su jinete. Luego partieron volando en dirección a la cueva del zar de los dragones y de las Serpientes.

El caballo blanco las siguió al galope. El jinete no tenía que dirigir al caballo, éste lo hacía todo. Parecía como si le hubiesen crecido alas. *¿Cabalgaron durante mucho o poco tiempo?* En realidad, sólo cabalgaron el tiempo necesario. Se detuvieron al llegar delante del palacio del zar de los dragones, en el reino subterráneo de dragones y serpientes. Las abejas formaron entonces

una densa nube delante de la puerta de acceso a la cueva, luego afilaron sus temibles aguijones antes de iniciar el ataque al poderoso enemigo.

Zum, zum, zum, la a - be - ja ya se po - sa a
Zum, zum, zum, la a - be - ja ya re - bo - sa al
Zum, zum, zum, la a - be - ja es - tá go - zo - sa de

re - ci - bir al - gún ra - yo de sol de ro - ja ro - sa.
con - se - guir al - gún
trans - por - tar al - gún ro - sa.

<https://ideaswaldorf.com/zum-zum-zum/>

<https://ideaswaldorf.com/el-hada-de-primavera/>

El caballo blanco relinchó nueve veces seguidas. Después del noveno relincho, la horrenda cabeza del zar de los dragones apareció por la puerta. En la oscuridad reinante sólo podía verse cómo resplandecía la diadema que el zar llevaba en su cabeza.

—¿Quién es el osado que se atreve a interrumpir mi descanso en mi propia casa, en mi propio reino? —siseó el monstruo, como suelen hacer las serpientes, y su largo cuerpo se deslizó hacia adelante, aproximándose muy peligrosamente.

El hijo menor de Kostryn empuñó ahora el arco. Disparó una flecha tras otra, hasta vaciar su aljaba. Pero ni una sola saeta hizo blanco en el zar de los dragones. En aquella tenebrosa oscuridad, el colmenero no podía apuntar ni dar en el blanco. El caballo blanco temblaba de miedo. El sudor cubría toda su espalda. El zar de los dragones se deslizaba cada vez más rápido, aproximándose más y más al jinete y su caballo. Si el destino no lo remediaba, ambos terminarían en poco tiempo en las horribles fauces del zar de los dragones, que luego los engulliría enteros, con piel y huesos. La maza, con la que el colmenero golpeaba la cabeza del zar de los dragones, parecía no hacer mella en ella, su piel parecía ser de hierro, ¡y la maza, al final, se partió en dos pedazos!

—¡Ahora sí que ha llegado mi última hora! —pensó el colmenero—, quizás pueda salvarse mi caballo. Lo podrá conseguir si no clava su mirada en los ojos del zar de los dragones. Ningún caballo, ningún pájaro, ningún ser humano, ni cualquier otro ser viviente, permanecerían con vida si lo mirasen a los ojos. Quedarían como paralizados, incapaces de huir, medio muertos de pánico. Tan feroz y horrible es el poder del zar de los dragones...

El hijo menor de Kostryn notó que su caballo dejaba de moverse. Sólo que todo su cuerpo estaba temblando. La mirada hipnótica del zar de los dragones empezaba a surtir efecto. Pero de repente empezaron a escucharse unos intensos zumbidos y silbidos. Procedían del denso

enjambre de abejas silvestres que se precipitaba como una oscura nube sobre el zar de los dragones. Se apagaron las brillantes luces de su diadema. Su gigantesco cuerpo de serpiente se arrojó con rabia descontrolada contra aquel enemigo que no conseguía ver, pero que le estaba produciendo heridas muy dolorosas. El animal golpeó durante mucho tiempo el suelo con su gruesa cola, todo el bosque retumbaba y parecía estar temblando, hasta que al final se desplomó sin vida bajo un árbol.

Las abejas, con sus danzas, demostraron inmediatamente su alegría. Los pájaros, que habían olvidado sus gorjeos al desaparecer el Sol, empezaron a entonar unos cantos nupciales. La vida retornó al bosque. Las copas de los árboles se balanceaban con el viento desde un extremo al otro del bosque. Con sus murmullos y crujidos difundían la buena nueva de la muerte del zar de los dragones.

El hijo menor de Kostryń penetró ahora en el subterráneo reino de los dragones y serpientes. Encontró las cuevas y grutas donde seguían colgados el Sol, la Luna y las Estrellas. Los liberó inmediatamente de las cuerdas que los sujetaban y los llevó al exterior; a la libertad. En aquel mismo instante, el Sol ascendió rápidamente por los aires, a una altura cada vez mayor, hasta que pudo colgarse de nuevo en el cielo; sus rayos iluminaron inmediatamente toda la Tierra.

La Luna y las Estrellas siguieron rápidamente sus mismos pasos para que la Tierra no se quedase sin luz por las noches. En todo el mundo y entre todas las personas reinó gran júbilo y una enorme alegría.

El hijo menor de Kostryń regresó a casa de su padre. Se inclinó profundamente ante él.

—Bienvenido seas querido hijo —le dijo su padre—, yo bien sabía que uno de mis hijos lograría dar muerte al zar de los dragones. Y has sido tú quien lo ha conseguido.

El colmenero respondió a su padre:

—¡Querido padre! No he sido yo quien ha dado muerte al zar de los dragones, yo no hubiese podido vencerlo. Han sido las pequeñas abejas silvestres. Y mi precioso caballo blanco ha contribuido también en todo lo que ha podido. Si no hubiese dispuesto de mi caballo y de la ayuda de las abejas, jamás habría podido atravesar y destruir por completo al zar de los dragones. El dolor y las tinieblas habrían seguido reinando para siempre en la Tierra.

Aportación de Comunidad de Cristianos